FEBRERO.

DRAMA HORRIBLE. - DIVERTIDO SAINETE.

Un drama..... un terrible é imponente drama ocupa el mes que termina, y le hará memorable, no sólo en los fastos madrileños, sino en la historia de la nacion española.

Y puesto que ni la índole de nuestro periódico, ni nuestro propio carácter, nos inclinan á tratar de los sucesos políticos contemporáneos, careceriamos no sólo del título de españoles, sino hasta del dictado de hombres, si habiendo de reseñar nuestra modesta crónica mensual de Febrero, prescindiéramos de un suceso de tal magnitud, de tan gigantescas proporciones, que le ocupa todo, y que formará del año 1852 época tan señalada en la historia nacional.

El cuadro primero de este drama colosal, representado el 2 de Febrero, pudiera llevar por epígrafe ó título: «La Reina y la Madre.» Una jóven hermosa, una madre tierna, una reina augusta, amable y adorada de sus pueblos, aparece en el primer término del cuadro, rodeada de todo el esplendor del trono, adornada con la corona y las joyas de dos mundos, radiante de belleza, de alegría y de ternura; acompañada de su esposo, de su madre y sus hermanos; seguida de toda su córte; aclamada por todo

un pueblo, y llevando en sus brazos maternales el primer fruto logrado de su tálamo real, que va á presentar en el templo del Altísimo á la heredera de cien reyes; que va á rendir gracias al Sér Supremo por el beneficio que la ha dispensado al concedérsela.—Los cánticos sagrados de la Iglesia se mezclan y confunden á su vista con el armónico sonido de la marcha Real española, con el estruendo de la artillería, con las fervientes aclamaciones del pueblo fiel y entusiasmado. — Cubren el suelo que han de pisar sus plantas ricas alfombras y flores aromáticas; blancas palomas y parleros pajarillos esperan á su paso recobrar la libertad para ir á remotos climas á llevar la noticia feliz; el incienso y el aroma humean ya en los altares del Sér Supremo, que se hallan magnificamente decorados para la piadosa visita de la humana majestad; el pueblo hinche las calles y paseos del tránsito; las tropas militares cubren la carrera; los balcones y ventanas están ricamente tapizados; las campanas redoblan con alegre sonido; y Madrid entero presenta un conjunto inexplicable, un cuadro gigantesco de animacion, de alegría y de entusiasmo.

En un instante (¡instante fatal é inconcebible!) aquel magnífico y solemne cuadro habia cambiado; aquel ruido y movimiento de agitacion se habia convertido en estupor, en ansiedad universal; aquellas músicas, aquellas voces, aquellos vivas, aquellos cánticos, aquel estruendo marcial, habian dado lugar á un sepulcral silencio; aquella reina, en fin, aquella madre, aquella jóven habia desaparecido de la escena y yacia en el lecho del dolor; habia visto salpicado de su propia sangre su magnífico régio manto; habia sentido en su maternal seno el agudo y frenético puñal de un asesino..... Este, pues, con su figura lívida, con su aspecto patibulario, opuesto al de aquel ángel de bondad, ocupaba el término primero de este se-

gundo cuadro, y escribia en él con sangre preciosa este horroroso epígrafe: El Regicida.

Arrancado dificilmente á la indignacion y á la ira del pueblo, preso y aherrojado en oscuro calabozo, aguardando por momentos escuchar la sentencia fatal que le condenaba á una oprobiosa muerte, ese hombre (mal decimos), ese aborto de la humana especie, ostenta el cinismo de un alma sin Dios y sin conciencia; desafia osado á la espada de la ley, y burla y escarnece el aspecto de la muerte y la perspectiva de la eternidad.-¿Este hombre era un monstruo, era un frenético, era una aberracion singular y única de la humanidad? — Al Supremo Hacedor, que ya le habrá juzgado, queda reservado este profundo misterio; á las leyes humanas tocaba hacer justicia con arreglo á los principios del sentido comun; tocaba librar á la sociedad de un monstruo inconcebible, anatematizar con el castigo tamaño atentado, satisfacer con la muerte del malvado el justísimo horror y la indignacion universal. -Y en tanto que por una parte ofrecia su negro aspecto tan horrible cuadro, si volvemos los ojos á la víctima augusta, pidiendo el perdon de su verdugo; si los fijamos ante el inmenso pueblo postrado al pié de los altares, derramando lágrimas de ternura y orando piadosamente por la vida de su madre y de su Reina, ¡qué espectáculo admirable y consolador, qué compensacion tan espléndida no hallarémos para borrar la mancha que un hombre, que un español, que un ministro indigno del altar se atrevió á echar en las páginas de nuestra historia, limpia hasta ahora de esta clase de crímenes!

El malvado, el monstruo, el regicida, concluyó su existencia en afrentoso patíbulo, á los cinco dias y á la misma hora en que cometió su alevoso atentado. La Reina, la madre, la hermosa señora recobró, por la misericordia divina, su preciosa salud; el pueblo leal y piadoso vió dichosamente escuchadas sus plegarias; y el llanto y los clamores tornáronse en himnos de gracias y en cánticos de alegría.

«La reina y el pueblo español.» Hé aquí el título propio de este tercero y último acto del drama; para tratarle como merece necesitábamos la pluma de Tácito, la trompa épica del Tasso ó la lira de Píndaro y de Herrera. Todo lo que la imaginacion más fecunda puede idear de bello, de grande, de sublime; todo lo que el corazon más ardiente puede inspirar de tierno y de patético, no es comparable con la cordial alegría, el entusiasmo y popular delirio de un pueblo numeroso, apasionado, y herido materialmente en la persona de su Reina y de su madre, vuelto á la vida, á la esperanza y al contento por la infinita bondad del Sér Supremo. —Al lado de su ferviente anhelo, en comparacion de su sincero enternecimiento á la vista de la real carroza en que se encerraban los sagrados objetos de su veneracion y su cariño, ¿qué son el aparato majestuoso, el séquito brillante, la magnífica decoracion de aquella marcha triunfal? ¿Qué los arcos y columnas, qué los alcázares y templetes alegóricos, qué las iluminaciones, las músicas y los fuegos, al lado de aquel mágico cuadro, en que una Reina de catorce millones de súbditos, en que una madre cariñosa, en que una hermosa matrona, en cuyo augusto semblante brillan á un tiempo la majestad, la ternura y la belleza, entre las oleadas del pueblo, entre las brillantes filas de guerreros, entre la nube de palomas y de flores que cubrian la atmósfera ó tapizaban el suelo, entre el ruido de la artillería y el repicar de las campanas, ahogados por las férvidas aclamaciones de la multitud, atravesaba lentamente su heroica capital desde el alcázar régio hasta el pié del altar de la Reina de los cielos, de la augusta Patrona de los monarcas españoles?

Para pintar convenientemente tan asombroso y simpá-

tico cuadro no hay colores bastantes en el pincel; para trazar tan sublime suceso no hay fuerza suficiente en la pluma de la Historia. Podrán, sí, ambos, como ya lo han hecho, dejar consignada la descripcion de los festejos Reales, la decoracion de las calles y paseos, los monumentos triunfales, las orquestas, los fuegos, luminarias, y las demas demostraciones materiales que el Gobierno y el pueblo han preparado en breves dias para dar á la augusta ceremonia un suntuoso aparato; pero lo principal de ella, lo que no se pinta, lo que no se describe, es el armonioso conjunto de alegría, de entusiasmo y de ternura popular; la sincera espontaneidad de esta verdadera ovacion, única de su especie en el siglo, y que sólo puede tener lugar en nuestra España, y de que sólo puede ser objeto la persona de su Reina.

Sin poderlo remediar hemos llenado el espacio destinada á nuestra crónica mensual con la consideracion del gran suceso que ha absorbido la atencion pública en las tres semanas primeras del mes.—La última han venido á ocuparla las farsas y bacanales del carnaval; pero naturalmente desprovistas de prestigio y simpatía, como suele acontecer á las gracias insulsas ó chocarreras de un mezquino sainete, tras las profundas y verdaderas emociones de un patético drama.—En vano los empresarios de las mil y una sociedades danzomanas anunciaban desde principios del mes anterior la llegada del Carnaval, y revelaban en inmensos carteles y pintorescos programas las gratas combinaciones que tenian dispuestas para regocijar á sus suscritores y concurrentes.—El Carnaval no venía, y los concurrentes no iban á celebrarle.—Pasaron las azarosas circunstancias de la primer semana del mes, y volvieron á enarbolar sus banderolas, tirsos y cascabeles, La Juanita, La Sílfide, La Minerva, La Floreciente, La Aurora, Los Capellanes, La Madera, La Extranjera, La Vascongada, La Juventud, La Última, La Primera, La Segunda, etc. (hasta diez ó doce docenas de emblemas más ó ménos polkables).—La concurrencia continuaba absteniéndose de concurrir, esperando indemnizarse grátis con las fiestas Reales.—Vinieron éstas, y embargaron no sólo la atencion de las sociedades, de los directores y de los socios, sino que embargaron las orquestas, y ni el refuerzo de los teatros Real, del Circo, del Instituto, etc., pudo hacer ganar terreno á la carátula, hasta que, en fin, terminadas aquéllas, llegaron los tres dias clásicos de la farsa á indemnizar algun tanto á las Empresas de sus gastos y sacrificios; pero esto no tanto, que no hayan lamentado la prisa que se dieron á abrir é iluminar sus salones quince dias ántes.—Y por si llega á tiempo para otro año, queremos darles un consejo, ó presentarles un ejemplo, que acaso tuviérales cuenta el imitar; y es el de un director de esta clase de diversiones en París, que tuvo el buen sentido de anunciar la serie de sus fiestas en estos términos:—« Habiendo observado que en los primeros bailes suele ser muy escasa la concurrencia, este año se empezará por el segundo.»—Bajo este punto de vista puede decirse que el carnaval de 1852 no ha empezado propiamente en Madrid hasta las doce de la noche del mártes en los salones del teatro de Oriente, y concluirá el domingo en los mismos con el baile de piñata, pasando ántes el miércoles por la pradera del Canal.—Para otro año aconsejamos á los directores de las Empresas que, siguiendo la idea del arriba citado, empiecen los bailes de los dias de Carnaval por el primer domingo de Cuaresma.

MARZO.

MEMENTO HOMO.

«Dichosos los pueblos (decia Montesquieu) cuya historia es fastidiosa.»—Si esta observacion es exacta, como nos inclinamos á creerlo, pocos podrán compararse en felicidad con la heróica y coronada villa, por lo ménos durante el mes tercero del año de gracia 1852.—Y es que á las terribles peripecias y profundas sensaciones del anterior ha sucedido en él la calma y tranquila posesion de una situacion normal; á los furiosos huracanes del invierno, las risueñas brisas y el perfumado ambiente de la primavera; á las fiestas Reales y á las borrascosas orgías del Carnaval, el piadoso recogimiento y la templanza de la santa Cuaresma.

Esta apacible y grata trasformacion, si bien nos consuela y satisface á fuer de vecinos honrados, habitantes de la capital, y partícipes á prorata de sus buenas ó malas venturas, nos compromete y aflige bajo el aspecto de cronistas mensuales de su vida, por la escasez, por la absoluta carencia de materiales para dar á nuestro obligado artículo el menor vislumbre de interes palpitante; del aliquid latentem que el curioso lector de La Ilustracion paga anticipado á razon de sendos seis reales al mes.

· Pero como no es cosa de responder á su fundada interpelacion con aquella sabida fórmula de los partes militares, « sin novedad », probarémos, pues, á ingeniarnos en llenar el papel de palabras sin cosa, como los artículos de fondo de ciertos periódicos; de variaciones sin tema, como los discursos de ciertos oradores; de ruido sin armonía, como la mayor parte de lo que ahora ha dado en llamarse música española.—Y echando mano, por de pronto, de aquel socorrido resorte de la conversacion en sociedad, sacarémos á relucir el temporal, y nos entusiasmarémos aparentando la mayor sorpresa al ver brillar de nuevo nuestro esplendente sol, verdear nuestros ateridos campos, jugar y volotear de rama en rama los incautos pajarillos, esparcir al viento sus colores y perfume lirios y violetas, crecer las apacibles tardes y menguar las tristes veladas, hasta llegar al perfecto equinoccio (vísperas de San José), ostentando, en fin, de nuevo la próvida naturaleza sus encantos, su juventud y lozanía.

Todo esto en verdad es lo que en el lenguaje hiperbólico se llama música celestial, y en términos vulgares suele expresarse por el de tocar el violon; tambien pudiera creerse (Dios nos libre) que éramos poetas, y que nos habiamos levantado esta mañanita en són de idilios y pastorelas; pero á todo responderémos lo que nos respondió un autor dramático, más poeta que filósofo: - « Mis dramas son libretos puestos en música; imágenes de madera revestidas de seda y oropel; pues precisamente por esto agradan y seducen al público: y si los críticos me preguntan ¿qué objeto me propuse en el argumento? les respondo que el de escribir sin él; y si me replican ¿ qué es lo que ha pasado en el drama? les respondo que han pasado tres

horas, y que nadie las ha echado de ménos.»

Consecuencia, pues, de aquella poética entonacion de la atmósfera en el mes que llamó germinal la vieja repú-

blica francesa ha sido el reverdecer nuestro Prado matritense con las galanas flores del año anterior, y apuntando al mismo tiempo ámplia y próvida cosecha de nuevas beldades, única recoleccion—es verdad—que brindan á los hijos del oso y el madroño sus áridas campiñas;-flores únicas que nacen espontáneas en su Prado concejil.-Pero de éstas es preciso convenir en que es rico de una fecundidad asombrosa, y que la muestra del año ofrece poner en olvido la memoria del anterior.-Recomendamos á los floricultores inteligentes que, si quieren convencerse de ello, dediquen un par de horas, de cinco á siete de la tarde, á herborizar con los infatigables lentes nari-colgantes por todo el ámbito que se extiende desde el carro de la Diosa de la tierra hasta el del Dios de los mares, entre el pedestal del padre de la poesía y las prosaicas sillas del Prado.

Estas flores delicadas, que durante la cruda estacion germinaron envueltas en sus capullos, ó recogidas en las templadas estufas de salones y teatros, abandonan ya, á impulso de la primavera, sus invernáculos, y brillan y seducen con sus primores bajo un cielo esplendente y azulado. Abono de sus plantas productoras, á más del saludable de nuestro ardiente sol meridional, suele ser tambien el gusto y los caprichos de la Moda; los elegantes trajes y tocados, las magníficas telas y joyería, que para auxilio de la madre naturaleza ofrecen en ámplia coleccion los ricos talleres de madamas Perrad y Bernós, los copiosos almacenes de la Villa de París, de Bruguera y de Nicanor.—Todos estos y otros muchos templos de la diosa aprestan y preparan sus productos para la grande exposicion de primavera, que se celebra anualmente en esta capital del católico reino, desde el Juéves Santo al juéves santísimo del Córpus (ambos inclusive); todos estudian y comentan el programa de la Moda, presidenta nata y directora de la Exposicion; todos aspiran á las medallas materiales del premio, si bien renunciando en cambio, y á favor del mismo objeto premiado, el lisonjero galardon del entusiasmo y el encomio públicos.

Aquellas plantas, aquellas flores, así cultivadas, engalanadas y expuestas, darán, como es natural, sus frutos á debido tiempo, y las crónicas de los meses sucesivos nos proporcionarán sin duda la ocasion de ir consignando sus adelantos, sus triunfos, su ramificacion y entronques con los árboles genealógicos más primorosos, altivos y venerandos de nuestro plantel.

Ya en el presente mes que nos ocupa ha empezado este misterioso fenómeno creador, y ya en los primeros dias de la estacion primaveral han inclinado sus tempranas corolas, han abierto su seno virginal en el altar de la fecundidad, várias de las más primorosas flores del Prado madrileño, segun consta bien y fielmente en los registros parroquiales y en las oficinas de la vicaría eclesiástica; y si no lo han hecho todas las demas, no hay que achacarlo por cierto á falta de disposicion y deseos de su parte, sino que hasta ahora no han sido comprendidas sus almas, no ha sido estudiada su fórma material, sus gracias, sus dotes y sus ricos tesoros de ternura.—Pero ellas trabajarán por conseguirlo, y siguiendo el sagrado precepto del crescite et multiplicamini, estudiando las benéficas leyes y los sistemas económicos que tratan del fomento de la poblacion, harán que la de nuestra heroica villa reciba el año próximo el contingente de aumento que es la primera condicion de su mejora material.

Por desgracia lo necesita, si ha de cubrir con creces las numerosas pérdidas que han ocasionado en su vecindario los cierzos invernales; terrible é inevitable tributo, que no ha perdonado en las últimas semanas ni á la encumbrada grandeza, ni á la brillante hermosura, ni á la poderosa fortuna, ni á la modesta é ignorada virtud; que con el mismo rigor ha descargado su fatal guadaña sobre los jóvenes Marqués de Bélgida y Pizarro que sobre el octogenario y opulento marqués de Casa Gaviria; sobre el tierno cuello de dos brillantes jóvenes, hijos del acaudalado señor Matheu, que sobre la flor infantil de una hermosa criatura, esperanza y embeleso de una de las primeras familias de nuestra aristocracia.

Pero basta de necrología y de filosóficos mementos, aunque á decir verdad, esta crónica, escrita en el tiempo santo de Cuaresma y consagrada exclusivamente á él, deberia ocuparse, más que de otra cosa, de esta clase de considerandos, y velar las páginas de su historia con el mismo fúnebre que cubre nuestros altares.—Mas como por desgracia somos escritores profanos, y como estamos persuadidos de que el ascetismo no es tampoco el fuerte de los lectores de La Ilustracion, nos creemos dispensados de tratar estas sublimes materias, y dejamos á plumas más dignas y autorizadas el hablar de ellas debidamente. Sancta sanctè tractetur.

Por eso no reseñamos la fisonomía especial que una parte de nuestra poblacion madrileña ofrece en el tiempo cuaresmal; renunciamos, aunque con sentimiento, á bosquejar el cuadro consolador que nuestros templos religiosos, henchidos de gente, radiantes de luz y de armonía, ofrecen à las almas piadosas en tal período; no tomamos en cuenta las magníficas funciones del culto; la elocuente y apasionada voz de los oradores sagrados; los penitentes ejercicios de una parte del pueblo; la religiosa ostentacion de otra. — Y como contraste repugnante y escandaloso, queremos tambien huir de las escenas indignas, de los abominables cuadros que la impiedad y la licencia suelen ofrecer en tales momentos, como para hacer alarde del descreido cinismo y feroz inclinacion. — Los

asesinatos, los suicidios, robos y violencias, las lúbricas bacanales, los insultos y desafíos, los crímenes, en fin, de toda especie, proscritos en todo tiempo y en todos los pueblos por la religion y por las leyes, son áun más dignos de reprobacion en el tiempo en que nuestra santa madre Iglesia celebra sus más sublimes misterios, y repugnan tambien á nuestra pluma, más que inclinada á combatir el crímen, á pintar y castigar festivamente el ridículo y las debilidades humanas.

Ámplia materia, sin embargo, prestaria á nuestra risueña imaginacion y modesta pluma la manera convencional y la conciencia acomodaticia con que mucha parte de nuestra sociedad halla medio ingenioso de cumplir, á su entender, con los preceptos de la Iglesia en este tiempo de penitencia, sin por eso moderar sus inclinaciones, refrenar sus apetitos ni mortificar su vida sensual. — Propondriamos, por ejemplo, el tipo del honrado ciudadano y piadoso creyente que para observar rigorosamente el ayuno incorpora á su inveterado chocolate matutino un par de chuletas de ternera, ó una tortilla de jamon en cambio de la taza de sopas ó del bizcocho borracho que durante el resto del año es su indispensable tente-tente de entre mañana; ó que trueca los viérnes la inmemorial olla enciclopédica por tres ó cuatro pescados regalados y otras tantas delicadas y dulces combinaciones de huevos y lacticinios. - Sonreiriamos tal vez de la ingeniosa estratagema de la jóven doncella, que multiplica en tales dias sus citas y entrevistas amorosas bajo el pretexto de novenas y misereres; ó de la vieja y entonada señora que, acabado de oir el sermon sobre los excesos del lujo, corre las tiendas de la calle del Cármen á trocar en trajes y atavíos las rentas de sus haciendas ó el sueldo de su esposo.—Ya llamaria nuestra atencion la modesta compostura y el contrito recogimiento de aquel cofrade que lleva

el estandarte ó la vela, creyendo hacer olvidar que con la misma mano mide escasas las varas de su mercancía ó cobra centuplicados los capitales con que trafica;—ó bien el fingido entusiasmo y la estudiada pasion del orador sagrado que ante un auditorio ilustre busca con su elocuencia mover el corazon del magnate, más que en favor de su doctrina, en el sentido de su proteccion;—la numerosa concurrencia, en fin, que hinche el espacioso templo llamada por los ecos de una brillante orquesta ó por la fama de un nuevo tenor;—ó la pública ostentacion de caridad de la elegante dama, que se presenta á implorar el ochavo del pobre, cubierta de joyas y pedrería.

Todos estos y otros mil contrasentidos que ofrece á los ojos del filósofo observador lo que llamamos buena sociedad, en este tiempo santo, podrian, ¿quién lo duda? dar materia á largos y risueños comentarios; pero entónces no escribiriamos un artículo de crónica, sino trazariamos un cuadro de costumbres; y no es para esto, y sí para aquello, para lo que hoy tomamos la pluma y renunciamos al pincel.

Pero contraidos por aquella misma imperiosa ley á la condicion de simples cronistas, y habiendo de prescindir absolutamente de observaciones generales, y fijarnos sólo en narrar los acontecimientos del mes, ¿qué podrémos decir á nuestros lectores, que no sepan ya por el calendario, es decir, que la primavera y la cuaresma le han ocupado por entero?—Y si, segun la opinion de un sabio, «para hacer un conejo guisado lo primero es tener el conejo», ¿sobre qué materia habrémos de confeccionar nuestro discurso, faltos absolutamente de objeto?—Pues entónces, buen remedio, se nos dirá: no escribir el artículo.—Es verdad, pero hay el pequeño inconveniente de que, bueno ó malo, insulso ó insípido, ya está escrito.—Pero, ¿cuál es su argumento? (nos preguntará justa-

mente algun crítico); y nosotros responderémos lo que el poeta dramático ántes citado: que tampoco le hemos hallado.—¿Qué es lo que ha pasado, pues, en el período que describisteis?—A esto ya podemos responder, con la arrogancia del que no teme ser contradicho:—«Ha pasado un mes.»